

*Entrevista enviada a Alfonso Martínez-Mena, el 5 de enero de 1981, para sustituir a la anterior, demasiado extensa; quedó sin publicar, al publicarse aquella.*

*-Hace aproximadamente cinco años, publicaste Escuela de Mandarines, libro tan conocido y valorado en los cenáculos literarios como desconocido por el gran público. Escuela de Mandarines va siendo una obra clásica, que se transmite de lector en lector, de espíritu en espíritu, fuera de cualquier moda literaria. Dejando aparte este inmenso libro, quiero preguntarte por la novela que acabas de publicar: La Tríbada Falsaria. Dime, en primer lugar, el porqué de ese título.*

*-La palabra tríbada, de gloriosa tradición en Occidente, es griega, y se dice de la mujer que se frota o restriega con otra; equivale, pues, a lo que hoy se entiende por lesbiana. He llamado mi novela con el nombre de *Tríbada Falsaria* porque la palabra falsaria no es precisamente atributo ni extensión de la palabra tríbada, como podrían serlo, por ejemplo, las voces “deleitosa”, y “ansiosa”. De esta forma, el título es una cuestión en sí mismo, una proposición que enseña u ofrece.*

*-¿Es tu novela una historia de lesbianas?*

*-La *Tríbada Falsaria* no es una historia de lesbianas, asunto insignificante, trivial, ingenuo y aburrido, sino la historia que procesa una pasión desde el fondo más último de la realidad; por eso la he subtitulado con el nombre de *Theologiae Tractatus*, Tratado de Teología.*

*-Por lo que veo, debes entender por teología el modo de contemplar y describir la realidad desde el fondo más último posible, fondo que siempre será un misterio.*

*-Eso entiendo, en efecto, y considero que esta forma de contemplar y manifestar sólo puede ser mostrada por el arte, jamás por la teoría.*

*-Resume, por favor, tu novela, ese Tratado de Teología.*

*-La *Tríbada Falsaria* tiene aproximadamente doscientas cuarenta páginas. Las ocho primeras describen la vida cotidiana de una mujer; las doce contiguas, el nacimiento de una pasión, y las diez siguientes, la tragedia en que la pasión culmina. El resto, unas doscientas diez páginas, es un inacabable comentario que enjuicia estos sucesos, y, en conclusión, el mundo, desde todos los puntos de vista. Alguien ha dicho que esta larga reflexión, puesta en boca de un personaje, llamado Juana, es una apasionada oración.*

*-Se ha afirmado que tu novela es un "hecho de lenguaje", como lo fue Escuela de Mandarines. Dime por qué no usas en este hecho lingüístico las palabras lesbiana y homosexual, y sí, con abundancia, términos tales como*

*tortillera, bollera, garzona y marida, los dos últimos inventados por ti para el caso.*

-A mi juicio, los vocablos lesbiana y homosexual, como arquitecto o fontanero, denotan simplemente un hacer, una actividad, no connotan esencias o formas de manifestarse el ser; por consiguiente, no encarnan ni transportan objetos algunos. Nadie ha visto jamás una mujer homosexual, tampoco ha visto un arquitecto o un fontanero, como ve un rosal o un niño; pero muchos hemos visto tortilleras y hemos experimentado las vivencias que su percepción nos produce. Hay mujeres homosexuales que no son tortilleras, y hay tortilleras que apenas son homosexuales.

*-¿Quiere esto decir que la tortillera es una aparición estética, que se percibe por los sentidos, y la lesbiana, una mera actividad, que se conoce por la información, y que nada enseña al espíritu?*

-Eso quiere decir exactamente.

*-¿Qué diferencia existe entre Escuela de Mandarinés, considerada por la crítica como una epopeya, una comedia humana, una summa literaria, y La Tríbada Falsaria?*

-Si en *Escuela de Mandarinés* describí lo insólito de lo cotidiano, según expresión de Enrique Tierno, en *La Tríbada Falsaria* he pretendido describir lo pasmoso de lo cotidiano; lo insólito acaece en la sociedad, en el grupo humano, y lo pasmoso, en la persona. *Escuela de Mandarinés* noveló la comunidad, concebida incluso como cultura, con toda su complejidad, y *La Tríbada Falsaria* novela la conciencia humana, caso igual de complejo y asombroso.

*-La comunidad humana y la conciencia humana, es decir, el grupo y el yo. Escribiste la novela del grupo, y ahora has escrito la novela del yo. ¿Puede llamarse realista este segundo modo de novelar?*

-Describir la conciencia humana es revelar el mundo. *La Tríbada Falsaria* es una novela absolutamente realista, un libro escrito, a mi entender, al dictado de la naturaleza de las cosas; en ella no hay una sola proposición inventada ni un suceso de fantasía; cuanto la obra manifiesta, ha sido experimentado, vivido y constatado con la estructura de lo que entendemos por real. Yo carezco de optimismo para escribir ficción.

*-Planteas con tus palabras un interesante problema: si hacer fenomenología de la conciencia, novelando, es hacer realismo. La cuestión queda ahí, para otros novelistas y críticos. Ahora quiero hacerte una pregunta indiscreta: ¿Es cierto que las cartas del personaje llamado Juana, o sea, cuanto constituye el capítulo IV de La Tríbada Falsaria, fueron escritas, como cartas vivas, por una persona de carne y hueso?*

-En efecto, fueron escritas, sin literatura alguna, por Mercedes Rodríguez García, una a una. Ya me han hecho, en otra ocasión, esta misma pregunta, que he respondido de igual manera.

*-Se ha dicho que tu novela es la manifestación y descripción de un susto, un pasmo que llega a contagiar al lector. ¿Estás de acuerdo con esta visión?*

*-La Tribada Falsaria* es, en efecto, la exposición de un pasmo, pero no entendido como resultado del terror ocasionado por la contemplación de un mal inminente, sino como susto producido por la visión de la realidad en la que vamos penetrando según analizamos la conciencia humana y sus comportamientos. El pasmo es más terrible en cuanto no se deduce del mismo lección moral alguna.

*-¿Qué se deduce, pues?*

-Lo inacabable y angustioso que resulta el análisis de las conductas, el desconocimiento que tenemos del ser último de nuestras acciones, el juicio interminable, incoherente y contradictorio, que es nuestro yo; también se deduce que las consecuencias de nuestros actos son más densas y extensas que los actos mismos, y, en resumen, el misterio que encarna todo existir. El novelista no ha de profanar el misterio, sino mostrarlo y conservarlo.

*-¿Crees que algunos novelistas profanan el misterio?*

-Algunos reducen, estrechan, destituyen y deshonran el mundo, angostándolo hasta los límites de un lenguaje mínimo, envilecido, y unas cuestiones gruesas, vistas con ojos también gruesos. De esta forma, hacen ideología, o teoría, en el mejor de los casos, pero nunca arte; dan al manubrio y repiten la tonada en el organillo; señalan objetos de una aparente realidad exterior, y apenas los nombran, pues no conocen la palabra. Entienden a sus lectores actuales, y son entendidos por ellos, pero no hablan a los que han de nacer. Son estos días.

*-Muchas gracias por tus palabras.*

*-Gracias a ti, Alfonso.*